

**ANACIONALISMO Y ANARQUISMO EN EL SIGLO XX.
SEGUIDO DE UNA TRADUCCIÓN DEL
MANIFIESTO DE LOS ANACIONALISTAS (1931),
DE EUGÈNE LANTI**

BERNAT CASTANY PRADO

Universidad de Barcelona



Eugène Lanti en 1933.

*Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela
mía, que son el tener y el no tener.*

Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, II, xx.

La tienda, ese inmenso diminutivo de la patria.

Victor Hugo, *Les misérables*, 1862.

El término “anacionalismo” –“*sennaciismo*”, en esperanto¹ fue acuñado a principios del siglo XX por Eugène Lanti, cofundador y líder de la Asociación Anacional Mundial –*Sennacieca Asocio Tutmonda*–, una organización de tendencia anarquista estrechamente ligada al esperantismo. Con dicho término, Lanti quería designar una nueva corriente política que trascendiese el nacionalismo con un cosmopolitismo radical que no sólo aspiraba a eliminar la nación como variable de la lucha internacional obrera, sino, aun más, la desaparición total de la nación en tanto que unidad de organización social.

El anacionalismo no sólo se opuso al nacionalismo, sino también al internacionalismo obrero, tanto comunista como anarquista. Éste es, precisamente, el tema de la primera parte del *Manifiesto de los anacionalistas*, de 1931, intitulada “El internacionalismo”, donde, después de realizar algunas distinciones conceptuales entre el anacionalismo y el internacionalismo, se arrojan duras críticas contra el último.

¹ El anacionalismo no debe ser confundido con el término “no nacionalismo”, que el nacionalismo invisible de las naciones con estado ha acuñado para intentar diferenciarse del nacionalismo visible de las naciones sin estado. Tal sería el caso, por ejemplo, de un libro como *Identidades proscritas. El no nacionalismo en las sociedades nacionalistas* (2006), en el que Juan Pablo Fusi dice estudiar “las voces diferentes, las tradiciones alternativas al nacionalismo” (9), sin que en ningún momento se haga referencia a los nacionalismos con estado, como, por ejemplo, el español, que, al ser equiparados al “no nacionalismo”, parecen quedar libres de toda crítica.

En primer lugar, los anacionalistas acusan al internacionalismo de reaccionario, porque consideran que la única lucha ventajosa para el proletariado es la lucha de clases y no la lucha nacional, que no es más que un engaño de la burguesía para dividir al proletariado, cuando no una simple pérdida de tiempo y de energía. En segundo lugar, los anacionalistas consideran que el internacionalismo es oportunista y que los dirigentes internacionalistas se resisten a renunciar a los marcos nacionales, porque temen que una organización anacional prescindiera de ellos en tanto que intermediarios entre las diversas unidades nacionales.

Es necesario tener en cuenta el contexto en el que el anacionalismo surgió. De un lado, la Asociación Anacional Mundial fue fundada en 1921, apenas tres años después del final de la Primera Guerra Mundial, que supuso un verdadero descalabro para el internacionalismo obrero; del otro, el *Manifiesto de los anacionalistas* está firmado, como dijimos, en 1931, en pleno auge de los fascismos europeos, a los que se hará referencia explícita cuando se acuse al partido comunista alemán de haber utilizado con fines electorales, de un modo análogo al partido nazi, el sentimiento nacionalista, con el resultado de que “actualmente, en Alemania, la ola nacionalista amenaza con sumergirlo todo.”

Los orígenes del anacionalismo deben buscarse tanto en el contexto histórico y político del primer tercio del siglo XX, como en algunas corrientes ideológicas anteriores –en ocasiones muy antiguas y no siempre de perfil político– como, por ejemplo, el cosmopolitismo clásico, el irenismo humanista, el antipatriotismo anarquista o el homaranismo de Zamenhof.

En lo que respecta al cosmopolitismo, el mismo Eugène Lanti afirmará, en su *Manifiesto de los anacionalistas*, que, tomado en su sentido etimológico, dicho término «tiene aproximadamente el mismo significado que el que nosotros otorgamos a la palabra “anacionalismo”». Sin embargo, la tradición cosmopolita, que incluye movimientos tan diversos como el cosmopolitismo cínico, estoico, cristiano, humanista o romántico, no presenta los mismos intereses políticos que el anacionalismo, que está claramente entroncado con el anarquismo, ni cifra sus esperanzas universalistas en una lengua universal artificial como el esperanto.

El anacionalismo también bebe del irenismo o pacifismo humanista, que nace con Erasmo de Rotterdam, quien en textos como el *Adagio* intitulado *Dulce bellum inexpertis* (*La guerra es dulce para el que no la conoce*), de 1508, o el libelo *Querella pacis* (*Queja de la paz*), de 1517, se opone a toda guerra religiosa, prohibiéndose toda identificación con cualquiera de los bandos (“*Erasmus est homo pro se*”, se dice en las *Epistolae obscurorum virorum*, de 1515). Tanto es así que Erasmo llegará a considerar, con Cicerón, que más vale una paz injusta que una guerra justa.

Este pacifismo humanista radical encontrará un nuevo enemigo en el paradigma nacional, que habría de sustituir al paradigma religioso, después de la Paz de Westfalia, de 1648. Sin embargo, su posición esencial es la misma: de un lado, no existe ningún tipo de vínculo superior al vínculo que une a todos los hombres –tal es la posición de Víctor Hugo cuando se pregunte, en *Los miserables* (1862): «¿Acaso hay guerras extranjeras? ¿Acaso toda guerra entre hombres no es lucha entre hermanos?» (934)-; del otro, no existe ningún enemigo más peligroso que el explotador –tal y como afirma, a continuación, el autor de *La leyenda de los siglos*: “la monarquía es el extranjero; la opresión es el extranjero; el derecho divino es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano o expulsar al inglés; en los dos casos es recobrar el territorio.” (934)

En los tiempos en que surgió el anacionalismo, el pacifismo había vuelto a resurgir, para enfrentarse a la Primera Guerra Mundial. Indudablemente, Eugène Lanti conoció el *Au-dessus de la mêlée* de Romain Rolland o los escritos pacifistas Jean Giono, con los que debió identificarse. Sin embargo, su anacionalismo será tan radical que llegará a criticar a Jean Jaurès –que será asesinado por un nacionalista exaltado que lo consideraba un traidor por haberse opuesto a la declaración de la Primera Guerra Mundial- por considerar que en *La nueva armada* (1914) su internacionalismo hacía demasiadas concesiones al nacionalismo.

El anacionalismo también bebe de una tradición anarquista antipatriótica, de la que no se distingue demasiado, a no ser por las esperanzas que aquél puso en las posibilidades unificadoras del esperanto. Tal es el caso, por ejemplo, del protoanarquista William Godwin, para el cual “el amor a la patria, estrictamente hablando, es otra de las engañosas ilusiones creadas por los impostores con el objeto de convertir a la multitud en instrumentos ciegos de sus aviesos designios.” (1993 [1793]: 57) Asimismo, Max Stirner, que también debe ser considerado como un precursor del anarquismo –por lo menos del anarquismo de derechas- realizará, en *El Único y su Propiedad* (1844), fuertes críticas al nacionalismo, llegando a afirmar que: “sería capaz de sacrificar mi patria en aras de la justicia, si me viera obligado a escoger entre la una y la otra”.

Por su parte, Pierre Joseph Proudhon, fundador del anarquismo moderno, defenderá el principio federalista, en *La federación y la unidad en Italia* (1862), si bien será Mijaíl Bakunin quien realice una crítica más sistemática y consciente contra el nacionalismo, en sus *Cartas sobre el patriotismo* (1869), surgidas también como reacción contra otra guerra terrible como fue la franco-prusiana. En dichas cartas, Bakunin afirmará que “el Estado es el hermano menor de la Iglesia, y el patriotismo, esa virtud y ese culto del Estado, no es otra cosa que un reflejo del culto divino.” (“Carta 3”,

1905 [1869]: 18-20) y que el patriotismo es el interés solidario de la clase privilegiada que el Estado necesita para sobrevivir (“Carta 4”, 1905 [1869]: 25-26).

En 1911, Emma Goldman, la anarquista más importante del territorio estadounidense, se verá a sí misma como continuadora del antipatriotismo del Dr. Johnson, de Gustave Hervé y de Tolstoi, quienes consideraban que “el patriotismo es inexorable y, como todos los monstruos insaciables, exige o todo o nada” (2008b [1911]: 76), si bien:

...los hombres y mujeres pensantes de todo el mundo han comenzado a percatarse que el patriotismo es demasiado intolerante y limitado como concepto para hacer frente a las necesidades de nuestro tiempo” y que se está desarrollando entre los obreros de diferentes países “una solidaridad que no teme a las invasiones extranjeras, ya que está llegando el momento en que todos los obreros dirán a sus amos: “Vete y haz tu propia manzana. Nosotros lo hemos hecho ya bastantes veces por ustedes”. (2008b [1911]: 77)

Goldman considera que hace falta una «literatura antipatriótica», ya que «cuando hayamos socavado la mentira patriótica, habremos aclarado el camino para esa gran construcción en donde todas las nacionalidades se unirán en una hermandad universal, una verdadera sociedad libre.» (Goldman, 2008b [1911]: 78-79)

También Errico Malatesta afirmará, en 1914, que «los trabajadores de todos los países son hermanos y que el enemigo –el “extranjero”- es el explotador, haya nacido en nuestra propia casa o en países lejanos, hable nuestro idioma u otro desconocido», razón por la cual, continúa, «siempre luchamos contra el nacionalismo en cuanto reminiscencia de un pasado al servicio de los intereses de los opresores; y nos enorgullecemos de ser internacionalistas no sólo de palabra, sino por un profundo sentimiento que nos anima.» (“Los anarquistas han olvidado sus principios” 2015b [1914]: 403) Por eso, aunque el inicio de la Primera Guerra Mundial haya demostrado “que los sentimientos nacionales están más enardecidos y que los de la hermandad internacional son menos profundos de lo que creíamos”, es necesario “intensificar nuestra propaganda antipatriótica y no abandonarla.” (403-404) Un año después, en un artículo intitulado “Mientras duran los estragos”, Malatesta protestará:

Nosotros somos cosmopolitas (...) por consiguiente, consideramos la cuestión de la nacionalidad superada en el terreno ideal, como por otra parte se va superando en el terreno de los hechos al internacionalizarse los intereses económicos, la cultura y las relaciones personales y de clase. (Malatesta, 2015c [1915]: 413-414)

Incluso Bertolt Brecht, un comunista heterodoxo que nunca llegó a afiliarse al partido comunista, puede ser contado como precursor del anacionalismo, ya que, en 1914, siendo todavía estudiante, criticó el patriotismo que jaleó la Primera Guerra Mundial con un ensayo sobre el verso «*Dulce et decorum est pro patria mori*» («Dulce y honorable es morir por la patria»), de Horacio, en el que sostenía que el nacionalismo es «propaganda dirigida» que sólo logra engañar a los «tontos». También es de recordar un breve relato incluido en sus *Historias del señor Keuner*, intitulado “El amor a la patria y el odio a las patrias”:

El señor K. no consideraba necesario establecer su residencia en un país determinado. –Malvivir puedo hacerlo en todas partes –solía decir. Un día paseaba por una ciudad que había sido ocupada por el enemigo del país en el que residía. Bruscamente se cruzó con un oficial de dicho enemigo que le obligó a descender de la acera. El señor K. descendió indignándose contra aquel individuo, y no sólo contra él, sino sobre todo contra el país al que pertenecía, hasta el extremo de desear verlo arrasado por un terremoto. –¿Cómo me habré convertido en un nacionalista en este instante? –se preguntó el señor K.-. Será por haberme cruzado con un nacionalista. Y es por eso que debe extirparse la necedad, pues convierte en necio a quienquiera que se cruce en su camino. (Brecht, 1973, p. 15)

Una última influencia importante para el anacionalismo fue el *homaranismo*, que en esperanto significa “amor hacia los hombres” o “amor hacia la humanidad”, una doctrina de tintes pseudo-religiosos cuyos pilares son el humanitarismo, el cosmopolitismo y el pacifismo. El argumentario básico del homaranismo se halla en la *Deklaracio pri homaranismo* (1917) – en esperanto, *Declaración del homaranismo*-, de Ludwig Lejzer Zamenhof (1859-1917). Treinta años antes, en 1887, Zamenhof había publicado un folleto intitulado *Lingvo internacia –Lengua internacional-* en el que exponía los principios de una lengua nueva que habría de adoptar el nombre del pseudónimo con el que solía firmar sus escritos, “*Doktoro Esperanto*”, esto es “Doctor Esperanzado”.

En efecto, dejando a un lado la conexión con las enseñanzas humanitaristas y universalistas del rabino Hilel el Sabio (70 a.C.-10 d.C.), que ha hecho que algunos designen al movimiento con el término de “hilelismo”, el elemento que liga más directamente al homaranismo con el anacionalismo son las esperanzas puestas en el potencial reconciliador del esperanto, en tanto que lengua artificial y neutral. Sin embargo, el anacionalismo está ligado directamente al movimiento internacional obrero, en general, y al anarquismo, en particular.

Como dijimos más arriba, el anacionalismo está estrechamente asociado a la figura de Eugène Lanti, pseudónimo de Eugène Adam (1879-1947), y a la Asociación Anacional Mundial, de la que aquél fue líder indiscutible. Nacido en una familia campesina normanda, en su juventud se trasladará a París, donde trabajará como obrero y se involucrará en el movimiento anarquista. Tras su participación en la Primera Guerra Mundial, durante la cual se afianzó su rechazo del patriotismo, entró en contacto con el movimiento obrero esperantista, llegando a ser nombrado, en 1919, redactor del boletín *Le Travailleur Espérantiste*. En 1921, participará en el Congreso esperantista, celebrado en Praga, y colaborará en la fundación de la Asociación Anacional Mundial, que dirigirá desde sus mismos inicios. Será, precisamente, en esta época, en 1921, cuando Eugène Adam adopte el pseudónimo de Eugène Lanti, contracción de su apodo francés “*L’anti tout*”, que hacía referencia a su radicalismo.²

Como era de esperar, en aquellos años de exacerbación nacionalista, se produjeron fuertes tensiones entre la corriente internacionalista, que no renunciaba al concepto de nación, contentándose con alcanzar una cierta coordinación y coexistencia entre éstas, y el anacionalismo, liderado por Lanti, que aspiraba a su superación total mediante la difusión de una lengua universal como el esperanto. A pesar de los enfrentamientos, de los que el *Manifiesto de los anacionalistas* es una prueba, «en 1928 se alcanzó una solución de compromiso en materia de organización interna, regulando las relaciones entre la siempre universal SAT y las asociaciones de trabajadores organizados a nivel nacional o estatal.» (Barrio, 2012b: 2)

A pesar de haber estado unido al Partido Comunista Francés desde sus mismos inicios, Eugène Lanti se distanció progresivamente del comunismo soviético, al que acusará, en su *Manifiesto* de 1931, de haberse convertido «en un capitalismo de estado, en una inmensa burocracia oligárquica.» Finalmente, Stalin prohibió el movimiento esperantista y persiguió a sus dirigentes, y Hitler afirmará, en *Mi lucha* (1925), que el esperanto es “un idioma universal para facilitar el control del mundo judío”, que existe sólo porque, “mientras los judíos no dominen un país, necesitan inventar idiomas”. No es extraño, pues, que, en 1935, se prohibiese la enseñanza del esperanto en las escuelas alemanas, por considerar que amenazaba

² Según Barrio (2012b: 2), “su cambio de nombre fue tan radical (excepto a efectos legales) que se permitió la *broma* de anunciar el suicidio de Eugène Adam, lo que fue recogido en alguna publicación como dato real.” No se equivoca, sin embargo, Julio Cortázar cuando, en *Rayuela*, menciona el suicidio de Eugène Lanti –“ni [escogió] la sogá como el esperantista francés Eujenio Lanti.” (1984: cap. 69, p. 534)-, pues a resultas de una enfermedad crónica se ahorcó, en 1947, en México, donde se hallaba exiliado.

“los valores esenciales del carácter nacional alemán”; que, en 1936, Heinrich Himmler prohibiese las organizaciones esperantistas; cerrase la editorial obrera esperantista Ekrelo; y que, durante la guerra, se ejecutasen muchos esperantistas.³

En los años que siguieron a la fundación de la Asociación Anacional Mundial (conocida con las siglas SAT, que responden a su nombre en esperanto), el término “anacionalismo” no había sido definido ni teorizado adecuadamente. El *Manifiesto de los anacionalistas*, de 1931, busca, precisamente, acabar con esta indefinición con el objetivo de posicionarse con claridad frente al internacionalismo obrero, en general, y al internacionalismo esperantista soviético, liderado por Ernst Drezen. Los internacionalistas defendían el derecho de autodeterminación de los pueblos, que entendían que formaba parte de la lucha anticolonialista, mientras que el anacionalismo considera que la variable nacional no hace más que retardar y distorsionar la lucha obrera. Al intensificarse las tensiones entre ambas facciones, Eugène Lanti depuso, en 1933, sus funciones al frente de la SAT, pero, aun así, las persecuciones stalinistas del esperantismo no tardarían en llegar.

Tanto el anacionalismo como la figura de Eugène Lanti han sido prácticamente olvidados. Ni la *Encyclopaedia of Nationalism* (2000), coordinada por Athena S. Leoussi, ni la *Enciclopedia del nacionalismo*, coordinada por Andrés de Blas Guerrero, incluyen la entrada “anacionalismo”. Tampoco en los principales escritos sobre el nacionalismo, como los de Ernst Gellner, Anthony D. Smith o Eric Hobsbawm, ni en los textos que teorizan el posnacionalismo, como los de Jürgen Habermas, Pascale Casanova o Edward Said se menciona una sola vez a Eugène Lanti o al anacionalismo, como tampoco se mencionan los textos aquí citados de Godwin, Stirner, Bakunin, Malatesta, Goldman o Brecht.

El objetivo de estas páginas es volver a poner en circulación un concepto y unos nombres, que, además de ser interesantes en sí mismos, resultan fundamentales para aclarar y dinamizar algunos de los debates político-identitarios que hoy en día nos ocupan. Por otra parte, no habiendo sido capaz de encontrar ninguna traducción española del *Manifiesto de los anacionalistas*, de Eugène Lanti, ofrezco aquí una versión de la traducción francesa, realizada por L.G. Avid y G. Waringhien y revisada por el mismo autor.

³ Véase Toño del Barrio y su reseña de *La lengua peligrosa*, de Ulrich Lins.

<http://www.esperanto.es/hef/index.php/que-es/historia/la-lengua-peligrosa>

BIBLIOGRAFÍA

Bakunin, Mijaíl, *El patriotismo*, traducción de Rosendo Diéguez, Atlante-Presa y Rosón, Barcelona, 1905 [1869].

Barrio, Toño del, “El movimiento obrero esperantista”, *Izquierda y esperanto*. SATeH, n. 2012a, s.n.

<http://www.nodo50.org/esperanto/artik03.htm>

----, “Eugène Lanti, el anacionalista”, *Izquierda y esperanto*. SATeH, n. 3, 2012b, pp. 1-3.

<http://www.nodo50.org/esperanto/dokumentaro/DOKUMENTOes03.pdf>

----, “La lengua peligrosa. Las persecuciones contra el esperanto”, reseña de *La lengua peligrosa*, de Ulrich Lins.

<http://www.esperanto.es/hef/index.php/que-es/historia/la-lengua-peligrosa>

Brecht, Bertolt, *Historias del señor Keuner*, Barral, Barcelona, 1974.

Encyclopaedia of Nationalism, coordinada por Athena S. Leoussi, Transaction Publishers, New Brunswick-London, 2000.

Enciclopedia del nacionalismo, coordinada por Andrés de Blas Guerrero, Alianza, Madrid, 1999.

Fusi, Juan Pablo, *Identidades proscritas. El no nacionalismo en las sociedades nacionalistas*, Seix Barral, Barcelona, 2006.

Godwin, William, *De la impostura política*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1993.

Goldman, Emma, “Las minorías frente a las mayorías” [1911] en *La palabra como arma*, Tierra de Fuego-La Malatesta Editorial, La Laguna-Madrid, 2008a, pp. 145-164.

----, “Patriotismo, una amenaza para la libertad” [1911], en *La palabra como arma*, Tierra de Fuego-La Malatesta Editorial, La Laguna-Madrid, 2008b, pp. 65-79.

Hugo, Victor, *Los miserables*, Planeta, Barcelona, 1999.

Lanti, Eugène, *Manifeste anationaliste*, traducción del esperanto revisada por el autor de L. G. Avid y G. Waringhien, 1931.

<http://www.panarchy.org/lanti/anationalistes.html>

Malatesta, Errico, “La internacional anarquista y la guerra” [1914], en *Nueva humanidad. Escritos para la difusión del anarquismo*, Antorcha,

Madrid, 2015a, pp. 407-410. [Firmado también por George Barrett, Emma Goldman entre otros]

---, “Los anarquistas han olvidado sus principios” [1914], en *Nueva humanidad. Escritos para la difusión del anarquismo*, Antorcha, Madrid, 2015b, pp. 402-405.

---, “Mientras duran los estragos” [1915], en *Nueva humanidad. Escritos para la difusión del anarquismo*, Antorcha, Madrid, 2015c, pp. 410-417.

MANIFIESTO DE LOS ANACIONALISTAS (1931)¹

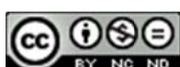
Hace ya diez años que el anacionalismo recorre las filas del movimiento esperantista obrero. Miles de proletarios del mundo entero emplean para comunicarse la misma lengua, ya sea en el seno de sus respectivos grupos, ya sea en su correspondencia con camaradas de países lejanos. Este hecho ha alumbrado la idea de que es posible que los trabajadores se organicen de una forma nueva, concibiendo nuevos métodos para la lucha de clases. El anacionalismo ha sido expuesto en muchas ocasiones en los órganos de la *Sennacieca Asocio Tutmonda* (Asociación Mundial Anacional), y hasta el momento nunca se ha manifestado una oposición demasiado fuerte contra esta nueva doctrina. Pero era de prever que un día los internacionalistas ortodoxos se alzarían contra esta herejía. En efecto, hace ya algún tiempo que una vasta y metódica campaña de agitación ha sido emprendida para combatir esta nueva doctrina.

Todo ello podría provocar que duden aquellos camaradas que simpatizan con nuestras tesis, pero que no tienen de ellas una idea precisa. Muchos de ellos, incluso, equiparan irreflexivamente el anacionalismo con el «internacionalismo proletario». Por esta razón, es indispensable que presentemos nuestro punto de vista de forma clara y detallada, y lo defendamos de los ataques de los ortodoxos.

Esto se ha vuelto totalmente necesario, ya que si no oponemos enérgicamente nuestros argumentos a los sofismas y a los tópicos propagados por los internacionalistas, éstos lograrán extraviar al mundo esperantista, convenciéndolo de que son ellos los que representan la única tendencia revolucionaria, cuando es fácil demostrar que su internacionalismo no es, de hecho, más que una especie de oportunismo, aceptable por parte de aquellos dirigentes que ignoran el problema lingüístico, pero imperdonable en los esperantistas proletarios.

Estamos seguros de que la práctica del esperanto, proseguida durante varios años por trabajadores concienciados, por fuerza debe llevarnos, primero, a un embrión de estado de espíritu anacional y, luego, a una clara concepción de los problemas, considerados desde una perspectiva puramente anacional. No albergamos ninguna duda de que muchos camaradas hallarán en las páginas que siguen la explicación, la confirmación, de

¹ Texto original en esperanto de Eugène Lanti. Traducción al español de Bernat Castany Prado, basándose en la traducción al francés de L.G. Avid y G. Waringhien.



lo que sienten o se representan más o menos confusamente desde hace ya tiempo.

Estarán seguramente de acuerdo con nosotros sobre este hecho: que un verdadero revolucionario debe ser capaz de anticiparse en el dominio de las ideas. De otro modo, no es más que un vulgar conservador. Es por esta razón que los esperantistas proletarios deben extraer todas las consecuencias lógicas de la aplicación de una lengua mundial artificial.

Por nuestra parte, somos plenamente conscientes de que actualmente nuestro punto de vista es utópico, porque el esperanto aún está poco difundido. Muchos de los que consideran el anacionalismo como una fantasía, también consideran la imposición de una lengua universal como una utopía. Y, sin embargo, nosotros, esperantistas, sabemos por nuestra propia experiencia que es un proyecto realizable, que es un hecho, un hecho real.

Es, pues, sin miedo que emprendemos, con este *Manifiesto*, la batalla ideológica.

Enero, 1931.

EL INTERNACIONALISMO

En un manifiesto famoso, aparecido hace 83 años, se invitaba a los proletarios de todos los países del mundo a unirse. Y, con este fin, se crearon, después, diversas internacionales, cuyos dirigentes han tenido, más o menos, relaciones entre ellos, ya sea por correspondencia, ya sea durante los congresos, en la mayor parte de las ocasiones con la intermediación de traductores e intérpretes. En general, las masas todavía permanecen aisladas en sus respectivos marcos nacionales y no tienen ningún tipo de contacto entre ellas, salvo cuando se matan en los campos de batalla, durante guerras terribles.

En estos marcos nacionales, el espíritu de los hombres se ve moldeado, por la escuela, por la prensa y por todos los demás medios de los que dispone el Estado, de tal forma que, tras varias generaciones, los ciudadanos de una nación constituyen una verdadera raza espiritual.

Coincidimos, sin embargo, con los especialistas, que consideran que, desde hace ya varios siglos, no existen razas puras, en el sentido biológico del término. Según los trabajos de Frédéric Lefèbre, por ejemplo, en Francia encontramos un origen mongol entre ciertas poblaciones braquicéfalas de origen muy antiguo. Por su parte, el profesor Jean Brunhes ha demostrado que los judíos actuales de Besarabia, Ucrania y Polonia son, en su

mayor parte, eslavos y tártaros, que fueron, hace unos mil años, convertidos al judaísmo bajo la influencia militar y política de los jázaros –ellos mismos turanios convertidos al judaísmo. El resultado curioso de este hecho es que los judíos de Cracovia o de Varsovia tienen un aire más judío que sus correligionarios de Jerusalén.

Sin embargo, los filósofos y los psicólogos bien pueden hablar, sin que les falte razón, de «razas históricas» y del «alma de los pueblos». Estas «razas», estas «almas» existen realmente, aunque hayan sido creadas artificialmente. No constituyen, pues, algo esencialmente inmutable e intangible, sino que han sido, de algún modo, amasadas por la Historia. Pero hay hombres, incluso entre aquellos que se llaman revolucionarios, que consideran a la «nación» como una cosa natural, sagrada y digna de una existencia eterna. Este punto de vista es esencialmente reaccionario.

Entre estos hombres, uno de los más insignes fue Jean Jaurès. En su libro *La nueva armada* puede leerse un brillante alegato en favor del patriotismo, o nacionalismo, así como del internacionalismo. Comentando la famosa frase del *Manifiesto comunista*, de Marx y Engels, según la cual «los proletarios no tienen patria», Jaurès explica, con un gran despliegue de argumentos, su significación exacta, y demuestra que los autores del *Manifiesto* también eran partidarios de la política de la independencia de las naciones y de su derecho a disponer de ellas mismas.

Diciendo que «los proletarios no tienen patria», Marx y Engels no han hecho más que constatar un hecho. Desde el momento en que los proletarios no poseen su justa parte de la patria, se puede muy bien concluir que son «apátridas». Pero no debemos olvidar que los autores del *Manifiesto* añaden inmediatamente después:

«Como el proletariado de cada país debe, en primer lugar, conquistar el poder político, y erigirse en la clase dominante de la nación, por eso mismo aún nacional, aunque de ninguna manera en un sentido burgués.»

Y un poco más abajo aun se puede leer más:

«Abolid la explotación del hombre por el hombre y aboliréis la explotación de una nación por otra nación.»

«En el momento en que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones haya desaparecido, la hostilidad entre las naciones también desaparecerá.»

Por nuestra parte, estamos plenamente de acuerdo con Jaurès en que, con estas palabras, no se condena la existencia de las naciones y que, por consiguiente, Marx y Engels no preconizaron su desaparición, sino que se mantuvieron en un punto de vista puramente internacionalista. No eran, pues, anacionalistas.

Jaurès continúa afirmando que, incluso en el seno del régimen capitalista, los proletarios tienen una patria. Y esto también es verdad, en un cierto sentido. En el marco nacional, el Estado emplea los mismos medios para modelar, de forma más o menos semejante, al burgués y al proletario. Hablan la misma lengua, y este lazo tan poderoso les hace sentir, de algún modo, que pertenecen a la misma gran familia. Hombres encerrados en estos marcos nacionales adquieren, de este modo, una semejanza de espíritu y de carácter; y sienten entre ellos, principalmente durante los períodos históricos, como las guerras, el sentimiento de estar unidos por una especie de parentesco. De este modo, nacen psicosis patrióticas como la que presenciamos en 1914, cuando se declaró la guerra. Toda idea relacionada con la lucha de clases fue barrida y se estableció, durante los primeros meses, una «unión sagrada» entre las clases. El entusiasmo patriótico eclipsó sin dificultad los demás sentimientos y paralizó la frágil razón.

Las naciones son realidades, son hechos. Sin embargo, constatar un hecho no significa justificarlo. Las religiones y las epidemias también son hechos, mas esa no es una razón que justifique su existencia. Pero también es un hecho que Jaurès, y con él Bebel, Lenin² y algunos otros dirigentes menos conocidos del movimiento obrero, han concebido la nación como una cosa natural y digna de ser defendida.

Parafraseando la frase de Bacon según la cual «un poco de ciencia aleja de Dios; mucha ciencia nos devuelve a él», Jaurès concluye del siguiente modo su argumentación: «Un poco de internacionalismo nos aleja de la patria; mucho internacionalismo nos devuelve a ella.» Esto significa, evidentemente, que el internacionalismo no tiende de ningún modo a la desnacionalización del mundo.

Además, todos los congresos de las diversas Internacionales se han pronunciado por la independencia de las naciones, por la autonomía de las patrias. El internacionalismo no es, pues, más que un sistema que tiene como objetivo instaurar, entre las naciones, un aparato jurídico para evitar los conflictos y las guerras, pero que no pretende de ninguna manera suprimir las particularidades nacionales, como las lenguas, las costumbres, las tradiciones, etc.

² «En una guerra realmente nacional las palabras “defensa de la patria” no son un engaño, y no me considero contrario a ellas.» (*Oeuvres complètes*, volumen XIII, página 342, de la edición francesa.) «Si en una guerra se trata de la defensa de la democracia, de la lucha contra un yugo que oprime a la nación, no me opongo a una guerra de ese tipo y no desconfiaría de la expresión “defensa nacional”, si se refiere a ese tipo de guerra o de revuelta.» (*Carta abierta a Boris Souvarine*, de 1916, publicada en *La Critique Sociale*, n° 1, marzo de 1931). (Nota del autor)

Los internacionalistas –no todos³– reconocen que sería posible y deseable adoptar una lengua artificial, como el esperanto u otra similar. Pero no consienten que las lenguas nacionales, las culturas nacionales y otras divinidades nacionales desaparezcan enteramente o, por lo menos, se vuelvan arcaísmos, cosas muertas, como las lenguas y las culturas antiguas de los griegos y de los romanos. Consideran como algo totalmente utópico e indeseable que una lengua artificial se convierta en el único medio de expansión de una cultura mundial.

En lo que respecta a este problema, Karl Kautsky ocupa, no obstante, una posición particular. En su libro *La liberación de las naciones* (1917), combate el punto de vista de Otto Bauer, quien, como Jaurès, considera la nación como un ente sagrado que debería salvaguardarse a toda costa. Entre otras cosas, dice:

«Los Estados, tomados separadamente, devienen simples distritos administrativos, con una administración propia. Esto facilita su delimitación, realizada de tal modo que cada uno de ellos abarque un solo territorio lingüístico. Sólo en la sociedad socialista existirá la posibilidad de realizar el estado nacional, hasta el punto en que el estado de las cosas lo permitan. Pero esto sucederá en el mismo momento en que el estado soberano deje de existir. El objetivo de esta revolución no es la soberanía nacional, sino solamente una administración nacional autónoma.

«Mas, finalmente, la delimitación de las naciones en distritos administrativos perdería su significación por el hecho mismo de que la elevación del grado de instrucción popular permitiría a cada uno adquirir, además de su lengua materna, una lengua mundial, de tal modo que todos pudiesen orientarse, y hacerse comprender, y sentirse en su propia casa, en cualquier parte del mundo. El objetivo de la evolución socialista no es, pues, la diferenciación, sino la asimilación de las nacionalidades; no es dar a las masas una cultura nacional, sino una cultura europea que se identifique cada vez más con una cultura mundial.»

³ Lenin era contrario al esperanto; por consiguiente, todos los leninistas ortodoxos que hayan aprendido el esperanto deberían... desaprenderlo. En el periódico ruso *Rabotsche Krestdjnskij Korrespondent*, n.º 21, 15 de noviembre de 1930, la hermana de Lenin, la camarada M. J. Uljanova, dijo, entre otras cosas, lo siguiente: «En diversas ocasiones Lenin habló muy desfavorablemente del esperanto, por considerarlo demasiado artificial, demasiado simplificado y sin vida.» En la revista en esperanto *Sennaciulo*, n.º 278, 30 de enero de 1930, apareció una información de Karl Lindhagen, alcalde de Estocolmo, quien intentó interesar a Lenin por el esperanto, si bien éste le respondió: «Tenemos ya tres lenguas mundiales, y el ruso será la cuarta.» Daba como razón que una lengua artificial es un sueño imposible. (Nota del autor)

La tesis de Kautsky tiende a mostrar que la asimilación de las naciones es una cosa inevitable, y que no debemos impedirla por la fuerza. ¿Podemos, pues, concluir que el famoso teórico socialdemócrata es un anacionalista? Ciertamente, no. Como todos los otros socialistas, comunistas y anarquistas,⁴ se representa la sociedad socialista funcionando en unidades nacionales. Habla de una lengua universal, como lengua auxiliar, junto a la lengua materna. Pero ¿cuál debe ser esa lengua auxiliar? No lo dice. Quizás piensa en el inglés o en el francés, si no en el alemán. Nosotros mostraremos más adelante que los anacionalistas tienen una concepción radicalmente diferente del problema.

De forma general, los internacionalistas están de acuerdo en reconocer que la soberanía absoluta de la que han gozado hasta nuestros días los estados o naciones debe ser limitada. De una manera más o menos precisa aconsejan la creación de una organización supranacional que tendría poder legislativo sobre todas las naciones. Aquellos que defienden esta concepción se llaman, en ocasiones, supranacionalistas, pero su sistema de organización sigue conservando los marcos nacionales y, por consiguiente, difiere esencialmente del anacionalismo.

De todas maneras, es cierto que no todos los internacionalistas consienten que los proletarios antepongan la defensa de su nación en caso de guerra. Los bolcheviques, por ejemplo, piensan que, durante el estadio imperialista del capitalismo, los trabajadores deben negarse a participar en la defensa de la patria. Explican que, en este caso, no se trata de la defensa del país, sino de una guerra entre imperialismos por una nueva repartición de los mercados económicos o de las colonias.

Conocemos de sobras la consigna de Lenin que recomienda «transformar la guerra imperialista en guerra civil». Pero esto no significa en absoluto que el genial táctico bolchevique admitiese que los pueblos deben renunciar a defender sus «derechos nacionales», cuando éstos son realmente amenazados. El texto citado más arriba es muy claro al respecto.

⁴ He aquí, de forma muy resumida, un artículo de *Sennaciale*, nº 297, intitulado: «Anarquismo y anacionalismo». Sin duda, los anarquistas son antipatriotas, pero es necesario subrayar que identifican la patria con el estado. Su objetivo es la destrucción del estado; sin embargo, eso no significa que quieran eliminar también las particularidades nacionales, como las lenguas y las culturas. Sébastien Faure, en su libro *Mi comunismo*, donde describe lo que debería ser el funcionamiento de una sociedad anarquista, conserva el cuadro nacional. Y no es de extrañar, puesto que este autor no se plantea el problema lingüístico que los esperantistas han resuelto. (Nota del autor)

Por otra parte, en el más reciente *Programa de la Internacional Comunista* (1928) se declara: «Reconozcamos, para todas las naciones, e independientemente de la raza a la que pertenecen, el pleno derecho de disponer de sí mismas, lo que implica el derecho a constituirse en estados independientes.»

Este punto de vista, que ha sido igualmente aceptado por la Segunda Internacional, es el del internacionalismo, y es, por lo demás, el único aplicable en las condiciones actuales. Como sabemos, Lenin y Rosa Luxemburgo mantuvieron una polémica acerca de la cuestión nacional, pero sería un gran error creer que Rosa aprobaba la desnacionalización de los pueblos. En el folleto *Junius*, publicado en 1915, al tiempo que critica la socialdemocracia alemana, defiende la tesis de que en tiempos de guerra los proletarios no deben cesar la lucha de clases porque:

«Como lo prueban los siglos pasados, no es el estado de sitio, sino la tenaz lucha de clases la que despierta la dignidad, la abnegación y la fuerza moral de las masas, y esto es la mejor protección y la mejor defensa del país contra los países exteriores.»

Y Rosa Luxemburg concluye diciendo que:

«...la socialdemocracia alemana podría, si fuese consecuente, actuar como una antorcha... El proletariado alemán quedaría como el guardián de la antorcha del socialismo y de la liberación de la humanidad —y esto, sin duda, sería una obra patriótica no indigna de los discípulos de Marx, Engels y Lassalle.»

Estos objetivos no pueden ser los de un anacionalista.

Citemos también la opinión de uno de los marxistas actuales más prestigiosos, Otto Bauer. En su libro *Problema de nacionalidades y socialdemocracia*, sostiene que el socialismo será, de algún modo, el apogeo del nacionalismo:

«Sólo la sociedad socialista hará que la cultura nacional sea propiedad de todo el pueblo, logrando, de este modo, que todo el pueblo sea una nación. Por esta razón, toda política de evolución nacional es necesariamente una política socialista.» (p. 164)

«El hecho de que el socialismo haga a la nación autónoma, convirtiendo su destino en producto de su voluntad consciente, tiene como resultado una creciente diferenciación de las naciones en la sociedad socialista, una distinción más definida de sus particularidades, una separación más sutil de sus caracteres.» (p. 105)

«Llevar todo un pueblo a tener una cultura nacional común, obtener para cada nación el derecho de disponer de sí misma, aumentar las diferencias entre las naciones: esto, es socialismo.» (p. 108)

Podríamos multiplicar, de este modo, las pruebas de que internacionalismo y anacionalismo no significan lo mismo. Pero no será necesario. Añadamos, sin embargo, una observación. Cada uno de nosotros reconocerá que los dirigentes de las diversas internacionales son hombres lo suficientemente cultivados como para saber que, en todas las grandes lenguas de cultura, existe la palabra «cosmopolitismo», que, tomada en su sentido etimológico, tiene aproximadamente el mismo significado que el que nosotros otorgamos a la palabra «anacionalismo». De modo que, si quisiesen introducir como objetivo a alcanzar, en el programa de sus respectivas internacionales, la desnacionalización del mundo, no hablarían más de «internacionalismo», sino de «cosmopolitismo». Pero no es eso lo que hacen, y eso es una prueba aun más cierta de que consideran las naciones como entidades que deben salvaguardarse y defenderse.

No obstante, podría ser que tuviesen razón. Pero eso ya es otra cuestión y hasta el momento nosotros sólo hemos querido refutar la afirmación injustificada de aquellos que quieren hacer creer a los esperantistas que el término «internacionalismo» tiene el mismo significado que el de «anacionalismo», doctrina nacida del movimiento esperantista obrero. Estos hombres o son analfabetos políticos o impostores conscientes. Nos recuerdan al cura que bautizaba como carpa a un conejo, a fin de poder comérselo un viernes santo sin cometer pecado. Pero no aceptamos que el anacionalismo sea identificado con el internacionalismo con el único objetivo de subsumirlo en la ortodoxia de partido. La verdad es que, ni etimológicamente, ni históricamente, pueden confundirse ambas doctrinas.

Queda el hecho incuestionable de que las personalidades más prestigiosas del movimiento obrero aman y admiran su cultura nacional, y precizan su conservación. ¿Debemos sorprendernos de ello? Ciertamente, no. En general, los partidos políticos buscan conquistar el poder en su propio país. Por consiguiente, cada uno debe tener en cuenta, en sus acciones, el material humano al que se dirige. Como este material ha sido formado por diversos siglos de educación –educación llevada a cabo mediante una lengua nacional, una literatura nacional, un arte nacional, etc.- es perfectamente natural que los agitadores⁵ políticos no suelen enfrentarse a los

⁵ Utilizamos este término de «agitador» para realizar una distinción entre los simples miembros de partido y los demás, aquellos que consideran la política como un empleo y que buscan sobre todo obtener un puesto de diputado o de cualquier otro tipo. (Nota del autor)

prejuicios de las masas, ni recomienden emplear para la lucha de clases procedimientos que no tienen para nada en cuenta las nacionalidades. Normalmente, se contentan con seguir el progreso, o en el mejor de los casos, de caminar con él. Su tarea consiste en imponer un arreglo y un orden a una situación dada, en adaptarse a determinadas circunstancias, en encontrar una especie de equilibrio entre las diversas fuerzas sociales, pero de ninguna manera en realizar un trabajo de precursores.

Prueba de ello es la política nacional de la URSS, donde los gobernantes no buscan de ningún modo que desaparezcan las particularidades nacionales. Al contrario, animan a los pequeños pueblos a adquirir una cultura nacional que les sea propia. Esta política es puramente internacionalista. Los anacionalistas actuarían de otro modo: impondrían el estudio de una lengua universal como el esperanto en todas las escuelas y de este modo acelerarían el desarrollo de la cultura mundial anacional. Por otra parte, como, mientras tanto, una lengua común es necesaria para las relaciones entre las diversas naciones existentes en el vasto territorio de la URSS, el ruso es la lengua que ha empezado a ser empleada, cada vez más, como lengua auxiliar.

Obviamente, no criticamos este imperialismo lingüístico. Al contrario, preferimos ver la supremacía de una sola lengua sobre un vasto territorio que constatar el despertar de sentimientos patrióticos en Ucrania, en la Rusia blanca y en otras regiones. Casos típicos de este patriotismo han podido ser constatados, en ocasiones, incluso entre los esperantistas. Esto prueba que la idea tan extendida de una cultura nacional, del derecho de cada pueblo a ser autónomo y a disponer de sí mismo, no es, en el mejor de los casos, más que oportunismo, pero que ésta también puede transformarse, a veces, en una fuerza subjetiva peligrosa y reaccionaria. No pocos hechos prueban la existencia de este peligro. Citemos simplemente la opinión de un camarada de Ucrania:

«En la URSS cultivamos el nacionalismo bajo la égida de la política oficial, que favorece esta doctrina. Poco numerosos son los comunistas que elevan la voz contra este nacionalismo, y su voz no es escuchada. Es así que últimamente la prensa oficial critica severamente un libro muy interesante, *La cultura nacional*, escrito por un comunista muy conocido, Vaganyan. Éste ataca vivamente la posición y los actos de los promotores de la cultura nacional y defiende la tesis de que toda cultura nacional no es útil más que a la burguesía, y que ésta no puede ser una cultura proletaria. Sin embargo, ¡ni siquiera este escritor llega lógicamente hasta el anacionalismo, ya que se queda a medio camino, pretendiendo que el proletariado debe crear una cultura internacional mediante las lenguas nacionales! –Los jefes ortodoxos del partido comunista (Stalin y otros) favorecen el renacimiento y la resurrección artificial o recreación de las culturas nacionales. Ciertamente,

Krupskaja, la viuda de Lenin, por ejemplo, en una reciente discusión sobre la cultura nacional e internacional atacó el anacionalismo y alegó en favor de las culturas nacionales. Cabe señalar que Krupskaja liga el anacionalismo al esperanto, y que critica tanto al uno como al otro.

«He aquí un chocante ejemplo más de política nacionalista: la Estación de T. S. F. de Karkov había organizado un curso de esperanto y unas conferencias sobre esta lengua en ucraniano. Esto disgustó mucho a algunos nacionalistas ucranianos pertenecientes a la dirección de la Estación, pues su intención es ucranizar y no esperantizar su país. También buscaron un pretexto para deshacerse de los indeseables esperantistas. Este pretexto se lo ofreció el mismo conferenciante, que, en una de sus charlas, dijo que llegaría un tiempo en el que –en el terreno de la economía mundial- se formaría una cultura mundial, y que poco a poco las lenguas nacionales se convertirían en lenguas muertas. Esto fue suficiente. ¡La siguiente conferencia ya no tuvo lugar!» (2-XII-1927)

No obstante, el lamentable oportunismo de los dirigentes soviéticos que acabamos de describir no nos hará decir que toda agitación política sea inútil y condenable. Aun así, afirmamos que es, en el mejor de los casos, secundaria e insuficiente. Lo esencial, lo más importante, es el trabajo de los precursores, que inventan, anticipan, abren un sendero en el bosque de los prejuicios y de las tradiciones, desecan el pantano de las rutinas y, de este modo, preparan el camino que seguirá, a continuación, la masa.

EL ANACIONALISMO

Lo que, de hecho, transforma el mundo es la ciencia y la técnica, hijas de la Razón, que produce lo artificial. Ella inventa, construye, transforma las condiciones de trabajo de los hombres, e incluso el medio en el que viven, mediante la aplicación de nuevas fuerzas de producción.

Estas transformaciones actúan sobre el espíritu de los hombres. La ciencia no puede ser nacional como el arte. La razón es la misma en todas las latitudes. Dos y dos hacen cuatro, en Londres como en Pekín. Para fabricar una máquina hay que realizar los mismos cálculos, se esté en Moscú o en Nueva York. En esto fiamos la base sobre la cual puede establecerse la cultura mundial.

Por otra parte, un obrero de la industria metalúrgica que fabrique, se encuentre en París o en Tokio, la misma pieza de automóvil está obligado a realizar exactamente las mismas operaciones, lo que implica que se halla ubicado exactamente en el mismo espacio artificial. Este hecho crea la condición necesaria –aunque no suficiente- para que se uniformice el espíritu de todos los obreros metalúrgicos del mundo, si bien a este proce-

so se le opone el peso de muchos siglos de tradición, la diversidad de las lenguas y las diferencias en la educación.

Estos trabajadores son a menudo explotados por el mismo patrón: el capital financiero, que constituyen, gracias al sistema de acciones, los préstamos de los accionistas del mundo entero. En las bolsas de las grandes ciudades, cualquiera que esté provisto de una suma suficiente de dinero puede comprar la fuerza de trabajo de hombres que no conoce, que no verá nunca y en cuya existencia no pensará jamás. Y si sucede que grandes bancos de Nueva York caen en bancarrota, sus efectos repercutirán, por vía económica, en Tokio y en Berlín. Esto nadie lo niega.

También es una banalidad hablar del tráfico mundial, de la telefonía sin cable y de todos los demás medios de comunicación similares. El mundo se vuelve cada vez más pequeño, pero la ideología de las masas permanece, en su mayor parte, tal y como estaba hace un siglo, cuando todavía podían subsistir las economías nacionales y, por lo tanto, una cierta independencia nacional. Esta situación de las naciones se ha convertido ahora en un verdadero mito. En verdad, sobre nuestro globo, no queda más que un reducido número de pueblos que, por el hecho de conservar una organización social de tipo feudal, podrían, de algún modo, justificar sus derechos a ser autónomos y a querer ignorar al resto del mundo. Por otra parte, estos derechos se basan en consideraciones sentimentales.

Los anacionalistas se representan la tierra como una unidad, como un todo que pertenece a todos los seres humanos. Si en una región existen materias primas inutilizadas por los indígenas, nosotros pensamos que éstos no tienen derecho de impedir que otras personas utilicen esas riquezas naturales.

Cuando utilizamos el término «derecho», es posible que los lectores no entiendan lo mismo que nosotros. Para hacernos comprender, sin dar una definición escolástica, decimos que los capitalistas no tienen el derecho de acaparar esas riquezas, por la razón de que no tienen la intención de hacer que todos los seres humanos gocen de ellas, sino sólo de explotarlas para su propio interés o el de su clase. Pero si existiese un estado social en el que la explotación haya sido abolida y que, en algún lugar, indígenas rezagados se resistiesen a entregar las materias primas, creemos que éstos últimos actuarían, de algún modo, como actúan hoy en día los capitalistas. Si se considera que la tierra pertenece a todos los que la habitan, encontraremos, evidentemente, injusta la pretensión que tienen algunos de que una parte de esa tierra es de su propiedad y que ninguna otra persona tiene el derecho de entrar en ella.

Sabemos bien que el derecho no existe en sí, como tampoco existen el círculo o el cuadrado. El derecho es una especie de derecho ideal que

regiría una sociedad compuesta de hombres que piensan racionalmente, de sabios para los cuales los argumentos tienen un valor, y no los puñetazos. Hace ya mucho tiempo que los hombres han logrado realizar círculos y cuadrados más o menos idealmente precisos; también lograrán hacer que el Derecho reine al fin entre los hombres. Entonces existirá una sociedad en la que toda explotación habrá desaparecido y, así, el socialismo será definitivamente realizado. Mientras tanto, muchos hombres, y sobre todo muchos proletarios, apenas tienen conciencia de su derecho; es por eso que estos últimos consienten tan fácilmente en dejarse explotar sin rebelarse. La lucha por el derecho puede ser, pues, una consigna muy oportuna.

Hasta ahora, el capitalismo, por su cruel política imperialista, se ha apropiado de las riquezas naturales de las colonias. El capitalismo no busca más que la ganancia que aprovecha a una clase y no al mejoramiento de las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad. El capitalismo se conduce actualmente con los pueblos colonizados que poseen un gobierno de tipo no capitalista como se condujo con sus propios compatriotas inmediatamente después de su victoria sobre el feudalismo. Los pilló y los explota sin encontrar resistencia. Los proletarios de las colonias, en efecto, no tienen una organización de clase, como sí la tienen los de los países administrados por el capitalismo desde hace ya mucho tiempo. Es por eso que la explotación en las colonias es más intensa y brutal.

Es una cosa inevitable en nuestra época capitalista. Evidentemente, censuramos y combatimos⁶ los procedimientos indignos aplicados por el imperialismo capitalista en las colonias, porque, en suma, su objetivo no es civilizar, cultivar los pueblos socialmente atrasados, sino solamente explotar a los indígenas y las materias primas en provecho de la burguesía. Pero esto no impide el hecho de que la necesidad de utilizar las riquezas naturales de todo el globo en beneficio de todos los seres humanos exige la desaparición de las naciones soberanas y conduce a la supresión de las particu-

⁶ Si nos preguntasen: «¿Cómo combatís?» Responderíamos: «de la misma manera que los “antiimperialistas”, con palabras.» Cuando la prensa «revolucionaria» del mundo entero exalta la lucha del patriota nicaragüense Sandino contra el imperialismo de los Estados Unidos, no sucede que los redactores se enrolen en su ejército para tomar parte de la defensa de Nicaragua. Cuando, en las colonias, los indígenas se rebelan y luchan contra sus explotadores, por supuesto que nosotros los aprobamos; pero tendemos a advertirles que no es mediante «la independencia nacional» que obtendrán realmente su emancipación y les recomendamos que unan sus fuerzas a las del proletariado mundial y que luchen en formaciones de clase para hacer desaparecer, así, todo tipo de explotación. Si en una metrópolis los trabajadores se declarasen en huelga para hacer cesar la explotación bárbara en las colonias, evidentemente, nosotros también nos sumaríamos a esa huelga. (Nota del autor)

laridades raciales y a la sumisión de todos los hombres a las directrices de la razón. Por consiguiente, consideramos como reaccionaria la política que consiste en predicar la independencia de las naciones, la autonomía de los pueblos, la conservación de las costumbres, de las culturas y de las lenguas nacionales.

Los anacionalistas, sin embargo, no se oponen a los que luchan sinceramente, y con todas sus fuerzas, por la independencia de las naciones. Solamente no se consienten a sí mismos tomar parte en esta batalla, porque saben muy bien que la autonomía nacional no libera efectivamente a los proletarios y que no puede aprovechar más que a la burguesía; tanto más cuanto que están totalmente convencidos de que, en el estadio actual de las fuerzas de producción, una entera autonomía nacional no es ni siquiera posible y que, por lo tanto, animarla, es animar a una utopía.

Los anacionalistas se esfuerzan por convencer a los proletarios nacionalistas de que gastan en vano su energía y la orientan en una dirección equivocada, que sólo la lucha de clases puede liberarlos; que sólo la renuncia a toda soberanía de la nación o del Estado y la desaparición de toda explotación del hombre por el hombre pueden instituir las condiciones necesarias para que se produzca en el mundo un estado de paz duradera. La actitud de los anacionalistas ante la lucha por la liberación de una nación, según se dice oprimida, se parece a la de un médico que ve a un campesino ignorante curar a un enfermo mediante remedios ridículos y fantásticos. Si este médico tuviese buen corazón, compadecería sinceramente al paciente, desaprobando el tipo de medicación, le propondría remedios más eficaces, y se lamentaría si el improvisado cuidador los rechazase. Así, pues, la agitación que experimentan los anarquistas, los comunistas y los socialistas por la independencia de los pueblos es esencialmente, reaccionaria, se opone a la unificación tan deseable del mundo y ocasiona una gran pérdida de energía, de tiempo y de sangre.

Puede suceder, incluso, que esta política actúe en favor de un estado imperialista a expensas de otro. Un ejemplo es la lucha del general Sandino en Nicaragua contra los Estados Unidos. En todos los periódicos «revolucionarios» del mundo entero hemos podido leer encendidos llamamientos a apoyar la lucha heroica del gran patriota nicaragüense contra el imperialismo yankee. Sin embargo, Sandino no pensaba en absoluto establecer un régimen socialista en ese rincón del mundo. Y aunque hubiese tenido esa intención, no habría tenido ninguna esperanza de éxito en un país tan pequeño. Incluso en lo que concierne a la URSS, que representa la sexta parte del mundo, muchos revolucionarios eminentes expresan dudas sobre la posibilidad de instaurar en ellos el socialismo. Trotski, por ejemplo, pretende que la instauración del socialismo en un solo país es imposible. Por otra parte, la lucha de Sandino contra el imperialismo de los Estados

Unidos no ha sido útil más que a los intereses del imperialismo británico o europeo.⁷

Si consideramos las hostilidades que tuvieron lugar en Marruecos entre Abd-el-Krim y el imperialismo francés, llegaremos a las mismas conclusiones. Y repetimos con insistencia que en todas las partes del mundo las luchas por la independencia nacional son esencialmente reaccionarias. Decimos «esencialmente» porque puede suceder que, por consideraciones tácticas, si una de las grandes metrópolis estuviese en estado de efervescencia revolucionaria, la lucha por la independencia de las colonias fuese provisionalmente útil, en el sentido de que debilitaría la potencia del gobierno capitalista de dicho país. Si, por ejemplo, en los Estados Unidos existiesen condiciones favorables a un movimiento revolucionario, si la burguesía y el proletariado librasen una batalla encarnizada, es evidente que la acción de un Sandino, en Nicaragua, al obligar al gobierno yanqui a enviar tropas contra él, podría ayudar al movimiento revolucionario de los Estados Unidos mismos. Pero estas condiciones no existían en absoluto cuando la prensa mundial «revolucionaria» llevaba a cabo una campaña de agitación en favor del famoso patriota nicaragüense...

Por esta razón pensamos que esta lucha era no sólo esencialmente, sino también efectivamente reaccionaria. Consideramos, en efecto, que se daría un paso adelante en la vía de la evolución histórica si el imperialismo yanqui construyese en Nicaragua un canal que permitiese comunicar el Atlántico con el Pacífico.

Otro ejemplo de política objetivamente reaccionaria es la del Comintern, que aconsejó a los comunistas chinos sostener la lucha del Kuo Min-Tang contra el imperialismo extranjero. ¿Y cuál fue el resultado? Que los dirigentes del movimiento nacionalista chino aceptaron encantados la ayuda de los comunistas y, luego, cuando se consideraron lo suficientemente fuertes como para prescindir de ellos, los persiguieron sin misericordia. Así, pues, cientos de miles de camaradas cayeron víctimas de una

⁷ Para evitar todo malentendido, es necesario notar aquí que, en lo que respecta a la URSS, el problema es muy diferente. Si la Unión Soviética fuese atacada por los estados capitalistas, es evidente que los trabajadores de ese país no defenderían una patria, sino la Revolución, el Socialismo. Por esta razón, los proletarios del mundo entero tendrían como deber defender a la URSS por todos los medios. Pero para no ocultar nada de nuestro pensamiento, añadamos que si pasasen unas décadas sin que el capitalismo fuese vencido en todos los otros países, si la economía socialista de la URSS pudiese coexistir con la economía capitalista de todos los demás países –lo cual nos parece muy dudoso–, lo más probable es que se crease en la URSS un patriotismo de la más peligrosa especie. (Nota del autor)

lucha nacional sin más efecto que el de debilitar considerablemente la lucha de clase.

El verdadero significado de las luchas nacionales en China y en las Indias es que las burguesías de estos países quieren explotar ellas mismas a los trabajadores sin tener que recurrir a las burguesías extranjeras, con las que, en la actualidad, se ven obligadas a compartir la plusvalía.

El interés de los proletarios chinos e hindúes es practicar la lucha de clase y, con este objetivo, deben organizarse y coordinar su acción con la de los proletarios de los países imperialistas. A estos últimos les interesa sostener esta lucha de sus hermanos de las colonias, porque, cuando éstos aceptan trabajar por salarios reducidos, sus propios salarios sufren, a su vez, el contragolpe. Es un hecho innegable. La lucha nacional es esencialmente reaccionaria; la lucha de clase es necesariamente revolucionaria. Cuanto más exigentes se muestren los explotados, más obligados se verán los explotadores a organizar mejor la producción, a instalar nuevas máquinas, etc. Y esto tendrá como resultado crear las condiciones que, a su vez, obliguen a los trabajadores a pedir una reducción del tiempo de trabajo, con el fin de evitar el paro.

La lucha de clase, además, lleva a los explotados a tomar conciencia de la solidaridad mundial, mientras que la lucha nacional no hace más que desarrollar entre la masa los sentimientos patrióticos, que son un obstáculo subjetivo que se opone muy fuertemente a la unión de los proletarios de los diversos países.

Las luchas nacionales podían justificarse antaño, cuando existían economías nacionales que se bastaban a sí mismas. Ese tiempo pasó hace mucho. El problema actual de la emancipación de la clase obrera es muy simple, aunque muy vasto, vencer a la burguesía, organizar y dirigir una economía mundial. Para ello las condiciones objetivas ya existen. Lo que impide su realización son, sobre todo, las fuerzas subjetivas: tradiciones, diversidad de lenguas y de culturas. Aquellos que quieren trabajar consciente y eficazmente por la unificación del mundo, por la desnacionalización de los pueblos, deben llevar a cabo, sin descanso y sin concesiones, una lucha incesante contra todas las supersticiones nacionales, lingüísticas y demás; les conviene sumarse a todo lo que trabaja en esta dirección.

Es con conocimiento de causa que los anacionalistas se consagran a esta tarea y rechazan prestar su concurso a los esfuerzos oportunistas de los partidos, cuyo objetivo principal es la conquista del poder en sus respectivos países. Para lograr esto, los agitadores políticos no dudan en apoyarse, incluso, en los prejuicios de las masas. Normalmente hacen política con procedimientos totalmente demagógicos que no van a la raíz de aquello que es necesario destruir para instaurar la sociedad anacional.

Un ejemplo característico es el del partido comunista alemán, que en las últimas elecciones legislativas concedió, en su programa, un papel muy importante al nacionalismo. Este programa tenía, incluso, una cierta similitud con el de los nacional-socialistas (fascistas o hitlerianos). Si estos últimos obtuvieron excelentes resultados y si los comunistas lograron robarle a los socialdemócratas un número de votos relativamente elevado, es gracias al hecho de que, en sus respectivos programas, utilizaron con astucia el sentimiento nacionalista, muy desarrollado entre las masas. El resultado es que, actualmente, en Alemania, la ola nacionalista amenaza con sumergirlo todo.

Del mismo modo, en Alsacia-Lorena, hemos podido ver, en diversas ocasiones, que los comunistas no han dudado en hacer frente único con algunos de los elementos más reaccionarios de la sociedad, como los curas y otra gente de ese tipo.

La lucha por la liberación nacional ha obtenido incluso un resultado inesperado: hacer renacer el deseo de independencia en algunas provincias asimiladas desde hacía ya mucho tiempo. No debemos olvidar que las naciones no han constituido desde siempre un todo, sino que su unidad ha sido fabricada artificialmente por la Historia. Y el hecho de que la agitación por la autonomía nacional tiende a cambiar la dirección en la cual se mueve la rueda de la Historia, es la mejor de las pruebas del carácter reaccionario de esta política.

La táctica de los partidos que recomiendan la batalla nacional ha tenido también otros resultados imprevistos. Cuando, en Manchuria, tuvo lugar el conflicto entre la URSS y China, aquellos que se consideran los más partidarios de la política de los derechos de los pueblos a disponer de sí mismos reprocharon a Stalin su «imperialismo». Teóricamente, su reproche estaba fundado; de hecho, Stalin había actuado con una cierta inconsecuencia en relación con su propia política, pero, igualmente, pensamos que en este caso había actuado en beneficio de los intereses de la Revolución.

Por todos los motivos que acabamos de exponer, los partidos políticos actuales no pueden cumplir como conviene una tarea educadora y no pueden trabajar de una manera eficaz en la destrucción de las fuerzas subjetivas que contrarían o ralentizan el proceso histórico⁸ que conduce inevitablemente a la humanidad a la unión mundial por el desarrollo continuo de las fuerzas de producción.

⁸ Queremos subrayar que no consideramos, en absoluto, este proceso como una especie de divinidad que dirigiría conscientemente los asuntos humanos. (Nota del autor)

En consecuencia, los anacionalistas declaran bien alto y sin ambages que no quieren asociarse a ninguna campaña de agitación, ni a ninguna batalla por la liberación de las naciones dichas oprimidas. Hacen saber a los proletarios que esto no puede, de ningún modo, liberarlos del yugo capitalista. La historia más reciente muestra que la lucha nacional es una ilusión, un engaño para los trabajadores. Si examinamos la suerte de los proletarios en las naciones «liberadas», como Checoslovaquia, Estonia, Finlandia, Irlanda o Polonia, constatamos que dicha liberación no las ha beneficiado en absoluto.

La única lucha ventajosa para el proletariado es la lucha de clases y no la lucha nacional. Cuando los trabajadores han logrado obtener una jornada de trabajo menos larga y mejores condiciones de trabajo, han dado en realidad un paso adelante en el camino de su emancipación definitiva.

Pero la experiencia nos enseña todos los días que la lucha de clases no tiene ninguna oportunidad de triunfar si no se organiza a escala mundial. El sistema actual de organización internacional de los trabajadores no es ya el que conviene para darles la victoria en la lucha de clases. Sólo el anacionalismo les ofrece un nuevo método de organización racional y oportuno. Según este método, los proletarios no se organizarían ya nacional e internacionalmente, sino mundialmente, por industrias. Por ejemplo, los mineros del mundo entero pertenecerían al mismo sindicato, y cuando esta organización decidiese convocar una huelga, dicha decisión sería válida para todos los trabajadores de esta industria. Y cuando el capitalismo fuese, finalmente, derrotado, este sindicato tendría como tarea organizar la industria minera siguiendo las necesidades y demandas de la humanidad entera.

Lo mismo sucedería con las demás industrias. Una oficina de estadística se encargaría de calcular todas las riquezas del mundo y definiría la cantidad que cada uno tendría el derecho de recibir. Toda la producción sería racionalizada y bastaría con algunas horas de trabajo por día –quizás tres o cuatro solamente- para que cada ser humano disfrutase de una vida holgada y confortable. En esta organización mundial no habría lugar para los cuadros nacionales que los internacionalistas quieren celosamente conservar.

Sin duda, este nuevo proyecto de organización parece actualmente utópico y, ciertamente, provocará más de una sonrisa de conmiseración en los labios de nuestros revolucionarios oportunistas. Evidentemente, no creemos que el anacionalismo sea aceptado pronto por el proletariado. Pero Marx y Engels también debieron parecer utópicos cuando escribieron, hace 83 años, el *Manifiesto comunista*. Después de todo este tiempo, la nueva sociedad que creían que iba a reemplazar ineluctablemente la socie-

dad burguesa no existe todavía. Es cierto que en la URSS se «construye el socialismo»; pero esto prueba, precisamente, que ni siquiera allí existe todavía. No examinaremos si se construye realmente el socialismo o si la economía de este país tiende a convertirse en un capitalismo de estado, en una inmensa burocracia oligárquica. En la URSS existe aún el mismo sistema monetario que en los demás países, así como salarios muy desiguales. Un albañil, por ejemplo, no cobra como un arquitecto. Esta constatación no es un reproche. Nosotros queremos simplemente mostrar que podemos permitirnos anticipar sin arriesgarnos a ser considerados como insensatos, puesto que tras un siglo de propaganda socialista, el socialismo no existe todavía en ningún lugar.

El punto de vista de los anacionalistas no coincide, pues, en absoluto, con la política actual de las diversas Internacionales obreras. Pensamos, incluso, que su política es, en ciertos aspectos, reaccionaria o, todo lo menos, vulgarmente oportunista.

Cuando Marx y Engels redactaron su famoso *Manifiesto*, no existía todavía una lengua universal. Pero hoy está el esperanto. Varias decenas de miles de trabajadores han aprendido ya esta lengua y miles de ellos la practican todos los días. En diez congresos universales varios centenares de trabajadores esperantistas han podido hablar con pasión y entrega de sus propios asuntos utilizando únicamente esta lengua artificial. Y, a pesar de todas estas pruebas, los dirigentes del movimiento obrero cierran los ojos sobre este medio racional de intercomprensión universal. Por lo demás, son consecuentes consigo mismos al actuar de ese modo. Consciente o inconscientemente, sienten que la difusión generalizada del esperanto en el movimiento obrero les llevaría a revisar su política y sus principios. De un modo más o menos vago, tienen la intuición de que su papel como dirigentes se vería disminuido si todos los proletarios se comprendiesen entre sí, si los congresos pudiesen prescindir de traductores e intérpretes, si los trabajadores pudiesen organizarse directamente sin esa nueva clase que forman los dirigentes de la clase obrera, cuyos intereses personales corren el riesgo de ser perjudicados por la lengua universal.

Es sin temor y sin rodeos que los anacionalistas denuncian este parasitismo de los dirigentes. Se dirigen a la base y apelan a la razón de los hombres inteligentes, capaces de comprender, para que utilicen y propaguen todo lo que es racional, todo lo que representa un progreso técnico y ayuda a derrocar los obstáculos que impiden el avance del proletariado. Los anacionalistas combaten todo lo que tiene un carácter nacional: lenguas y culturas nacionales, tradiciones y costumbres nacionales. El esperanto es su lengua principal y consideran accesorias las lenguas nacionales.

Se niegan a participar en toda lucha nacional y sólo reconocen como necesario y útil a la masa de los explotados la lucha de clases, que tiene como objetivo suprimir las clases, las nacionalidades y toda explotación del hombre. Apoyan todo lo que tiende a eliminar las diferencias entre los pueblos y a dar al mundo una organización racional. Estiman que todo lo que mezcla y amalgama los pueblos hace obra humana y buena. Los anacionalistas fundan su convicción sobre el hecho de que la razón, que inventa y construye, es la única base conveniente sobre la cual se puede construir una cultura mundial. Sin embargo, no creen que los hombres puedan formarse en breve un estado de espíritu que les permita pensar y actuar no siguiendo más que los dictados de la razón. Saben que el sentimiento es una gran fuerza, un móvil muy eficaz y que los mitos han jugado un gran papel en la Historia. No importa si algunas personas no pueden concebir el anacionalismo, la unificación mundial, más que como un nuevo mito semejante al de la patria. Los anacionalistas conscientes no rechazan a aquellos que se entusiasman por un ideal grande y noble. En demasiadas ocasiones la razón ha sido puesta al servicio del misticismo; será una justa compensación poner esta vez el misticismo al servicio de la razón.

Pero no debe persistir ningún malentendido: tenemos la firme convicción de que sólo la clase explotada, el proletariado, puede ser la fuerza histórica que instaurará una sociedad anacional en la que el hombre dejará de ser explotado de una vez por todas. No se trata de que los proletarios difieran esencialmente de los burgueses, sino de que la lucha de clases por la emancipación los empuja a unirse mundialmente y, al mismo tiempo, obliga a los explotadores a perfeccionar sin cesar, a racionalizar cada vez más, los medios de producción. Allí donde los salarios son bajos, allí donde los trabajadores consienten vivir en condiciones miserables, los patrones no tienen ninguna razón que los empuje a instalar máquinas y a racionalizar la producción. Por esta razón, por ejemplo, en Shanghai, que es el tercero o cuarto puerto del mundo, de veinte a treinta mil *coolies* proporcionan la totalidad de la fuerza motriz necesaria. Sobre los muelles no hay ni una sola grúa. El «motor de arroz», el *coolí*, es más barato.

La organización mundial prepara el terreno para una cultura mundial, una cultura cuyo substrato debe ser la razón.

Esto no significa que los hombres se formarán todos siguiendo el mismo modelo. Se creará, ciertamente, una especie de unidad en su estado de espíritu y en su carácter. Las particularidades nacionales desaparecerán, pero las diferencias individuales continuarán existiendo. Y como los hombres tendrán la posibilidad de tener relaciones en todas las partes del mundo y dispondrán todos los días de varias horas de libertad, que podrán utilizar para su trabajo personal, para su cultura individual, se puede razonablemente conjeturar que de todo ello surgirán fuertes individualidades,

caracterizadas por tener ideas y sentimientos originales, que expresarán en artes variadas, susceptibles de ser comprendidas y disfrutadas en el mundo entero.

LA POSICIÓN DE LOS ANACIONALISTAS ANTE EL MOVIMIENTO ES- PERANTISTA.

a.- Ante el movimiento burgués, llamado neutro.

Lo que caracteriza principalmente el anacionalismo es que reconoce el papel inmenso que lo artificial juega en el mundo. Esta facultad que tiene el hombre de crear, de producir, hace de él el rey de todas las demás criaturas. El hombre adapta la naturaleza a él, mientras que el animal debe adaptarse a la naturaleza. Los anacionalistas no ignoran, pues, la gran fuerza que reside en la voluntad del hombre. Ciertamente, saben que éste no puede, por ejemplo, librarse de su propio peso o saltar más allá de su sombra. Sin embargo, el espacio limitado en el que se despliega su actividad es relativamente amplio. Por consiguiente, su voluntad puede producir grandes obras. Es por eso que creemos que las «leyes fatales» de la Historia son sólo relativas.

Una de las más bellas invenciones del hombre y de las más capaces de transformar el mundo es, ciertamente, la lengua artificial. El esperanto, en efecto, es una herramienta admirable, que ninguna persona sabe todavía manejar de una manera perfecta, hasta el punto de que ni siquiera su creador mismo es capaz de explotar toda su potencialidad expresiva. Zamenhof fue un precursor. La aplicación generalizada de su obra tendrá consecuencias incalculables.

Naturalmente, una lengua no es más que un instrumento, un medio, y puede ser utilizada para los fines más diversos. Un avión, por ejemplo, puede servir para bombardear una ciudad tanto como para abastecer observatorios bloqueados por la nieve. No obstante, es muy importante que exista un gran número de pilotos, incluso militares. Por eso mismo, es muy ventajoso para el progreso que esperantistas burgueses se vuelvan hábiles en el uso de esta lengua. Asimismo, los anacionalistas no se sienten en absoluto contrariados cuando constatan cierto éxito en el movimiento esperantista burgués.

Pero es evidente que los anacionalistas recomiendan a los trabajadores esperantistas que no gasten tiempo ni dinero en apoyar a las organizaciones esperantistas llamadas neutras, y que dediquen, por el contrario, todas sus fuerzas en poner el esperanto al servicio del proletariado y, especialmente, al servicio del anacionalismo.

b.- Ante el movimiento obrero.

Las ideas que acabamos de exponer no son totalmente nuevas. En cierta medida, incluso, han sido aplicadas desde hace ya más de diez años en el seno de la «*Sennacieca Asocio Tutmonda*» –SAT (Asociación Mundial Anacional). Esta organización, independiente de todo partido político, tiene como objetivo agrupar los proletarios esperantistas de todas las tendencias, razón por la cual los anacionalistas la apoyan y no buscan de ningún modo competir con ella. En el seno de la SAT piden simplemente tener los mismos derechos que los internacionalistas, y luchan por la unidad del movimiento esperantista obrero contra toda maniobra que tienda a poner esta asociación bajo la dependencia, confesada o no, de un partido político, sea cual sea.

Los anacionalistas tienen la convicción de que la aplicación práctica del esperanto en una organización como la SAT, cuya estructura es anacional, ofrece un terreno muy favorable para plantar la semilla del anacionalismo. También combatirán eventualmente todo intento de imponer su propia doctrina a la SAT. La organización unitaria de los proletarios esperantistas debe permanecer abierta a todos los internacionalistas para que puedan tomar conocimiento de una utilización más racional y más consecuente del esperanto en la organización de la sociedad futura.

Formar una secta cerrada, separada del resto del movimiento obrero comprometido en la lucha de clases, no es el objetivo de los anacionalistas. Quieren sobre todo seguir en contacto íntimo con él y participar en sus luchas cuando sean efectivamente luchas de clase y, por consiguiente, luchas liberadoras. Mientras el esperanto no sea practicado más que por algunas decenas de miles –por centenares de miles- de hombres en el mundo entero, los anacionalistas no pretenden formar un partido, sino sólo una tendencia en el seno del movimiento obrero. Por consiguiente, son incluso libres de adherirse a un partido, siempre y cuando les sea permitido hablar acerca de esta nueva doctrina y defenderla.

Los anacionalistas saben que ya existe una organización vagamente anacionalista. Esta organización, denominada «Trabajadores Industriales del Mundo», en inglés I. W. W., nació en los Estados Unidos, sus miembros han tenido que sufrir un gran número de persecuciones, y su programa incluye las premisas del anacionalismo. Se trata de una unión universal, lo que muestra que en el espíritu de los fundadores, el concepto de nación no tenía demasiada fuerza. Pero es natural que la tendencia anacionalista de dicha organización haya permanecido en un estado totalmente embrionario, puesto que esta última no se preocupó de resolver el problema lingüístico.

Los anacionalistas consideran, pues, al movimiento esperantista obrero como el terreno más propicio para propagar sus ideas. Por esta razón desean su unidad, que es una condición de su triunfo.

Proletarios del mundo, ¡aprended el esperanto! Esperantistas, ¡desnacionalizaos!

Facción anacionalista de los miembros de Sennacieca Asocio Tutmonda.